

fruta prohibida, y, por ende, codiciada, de versificadores audaces, que, confiados en la ayuda de la fortuna, componen y publican versos como si jugaran á la lotería. Pero ni el uso ni el abuso del soneto han modificado su estructura y facilitado su composición, por lo que pienso que bien podría figurar en un curioso libro que tengo á la mano, intitulado "Esfuerzos del Ingenio Literario," porque el soneto en sí mismo, sin aditamento alguno, es un esfuerzo del ingenio, y esfuerzo intelectual, superior al propiamente mecánico del enigma, acróstico, charada, anagrama, centón literario y demás composiciones de este linaje, bautizadas con el nombre de *bagatelas difíciles* por el clásico poeta Bilbilitano, que se llamó á sí mismo, en uno de sus conocidos epigramas, *poeta de futesas divertidas*, y á quien Plinio el joven calificó de agudo, vivo, picante y candoroso.

Y por cierto que cual marca de ilustre fábrica, aparece en la primera página del susodicho libro este pensamiento de Platón: "Las cosas más difíciles son las más hermosas," contra cuya exactitud me atrevería á rebelarme si entrara en mi ánimo el

punible propósito de subirme á mayores, pecado que no cometeré, por mucho que á ello me induzca la convicción de que á veces las cosas más fáciles son las más hermosas, lo que no empece para que las más difíciles sean, por lo común, las más gloriosas. Rindo, en consecuencia, pleito-homenaje al ilustre filósofo á quien rindiólo en noble ara el fecundo y portentoso fundador de la doctrina peripatética; y aceptando sin discusión su aforismo, llego á deducir que un buen soneto es lo más hermoso, ya que declarado ha sido de lo más difícil en jurado de maestros. Entre éstos uno solo ha disentido de opinión, nada menos que Macaulay, por el que siente predilección especial el eruditísimo Menéndez Pelayo, reconociéndole peregrino conocimiento de los hombres y de las cosas. Al ver que la crítica, más de los Zoilos que de los Aristarcos, no excluía de su tiránico dominio ni los sonetos de Petrarca, analizados con nimia escrupulosidad, para deducir á la postre que *no encajaban en el molde fantástico de perfección á que debían ajustarse*; Macaulay, casi indignado confesó su ignorancia, y *declarándose imposibilitado de explicar los mis-*

*terios de esa novísima y flamante fe poética*, exclamaba: “Seame lícito preguntar, con el respeto debido, en qué consiste la virtud especial del número catorce, para que así se le encomie y alabe, y ponga por sobre las que pueden tener otros. ¿Consiste tal vez en que sea el primer múltiplo de siete? ¿Se relaciona esto de algún modo con la institución del Sabbat? Sus propiedades tan singulares, ¿se relacionan con el orden de las rimas?”

No obstante opinión de tanto peso en la balanza del criterio literario, los *catorce versos que dicen que es soneto* están allí en la cima del Parnaso, llenos de encanto y de misterio, despertando curiosidades, provocando energías, seduciendo con promesas de gloria, poniendo á los poetas de antaño y hogaño en el mismo aprieto en que Violante puso al *fénix de los ingenios*. Innúmeros paladines, algunos armados caballeros en los juegos florales, han pretendido escalar esa luminosa altura, mas la victoria no ha prodigado sus laureles; y conforme al texto bíblico, pocos han sido los escogidos. ¿Pertenece á éstos el Doctor Blengio? Yo á fuer de amigo, que no de perito, voté por

la afirmativa y no tengo motivo para rectificar mi voto. Que emitan el suyo quienes quieran leer y sepan juzgar los sonetos que se publican á continuación, entresacados de los muchos que ha producido su autor. Si en efecto, la voluntad es el hombre; si es cierto, que el que quiere llegar llega, desde luego puede afirmarse que Blengio ha llegado y tiene derecho á sentarse en el banquete de los vencedores, pues no ha desmayado en su añejo y laudable propósito de dominar las dificultades del soneto, dando con esto pruebas de una constancia digna por sí sola de perenne lauro.

Sin títulos para desempeñar el delicado magisterio de la crítica, y enemigo de imponer mi gusto á los demás, me abstengo de hacer lo que generalmente se hace en casos semejantes al en que me encuentro, llamar la atención sobre el mérito y bellezas de señaladas composiciones. Dejo en completa libertad á los lectores para celebrar esas cualidades en donde crean que se hallan reunidas, que el terreno literario es el menos á propósito para la tiranía, y yo no tengo tamaños que justifiquen la ridícula pretensión de ejercerla.

Vendrá la crítica que nunca ha pecado de ociosa, aun tratándose de Petrarca, coronado como primer poeta de su época, y no será recibida con ceño, en tanto venga justificada y serena á velar por los fueros del arte; la que así no venga, sino apasionada, injusta, vehemente, será desechada cual crítica de bastardo linaje, por desgracia muy en boga, especialmente desde que el autor de los *Ripios Aristocráticos* ha fundado escuela, en la que se han apresurado á afiliarse, aquende y allende los mares, discípulos fervorosos, en su mayor parte ayunos de los conocimientos filológicos y literarios del fundador, y, sobre todo, de su inimitable gracejo que, á veces, degenera en duros reproches, diatribas é insultos personales hasta por los defectos físicos. ¡ Como si los que atormentaron á Homero, Cervantes, Camoens, Lord Byron, Bretón de los Herberos que vienen á mi memoria por el momento, pudieran amenguar en algo el mérito indiscutible de sus inmortales obras! —

Hay que tener en cuenta que Blengio, al igual de los demás poetas nacionales, ha compuesto versos por afición, por entretenimiento, cediendo á impulsos naturales é

irresistibles de amor, de amistad, de patriotismo, aspirando á la gloria que no suelen alcanzar todos, y que de nada sirve á los que la alcanzan, porque la gloria no se cotiza en el mercado.

La poesía no es entre nosotros una profesión, ni un modo de vivir, ni una ayuda; y si hubiese quien se atreviera á lanzarse á la lucha, sin más armas que su lira, sería irremisiblemente vencido en los primeros encuentros. Triste, muy triste es tener que recordar en comprobación de este aserto, que algunos de nuestros más inspirados poetas han muerto prematuramente en la desesperación, en la miseria, ó lo que es peor, en el olvido; y que uno de ellos pasó los últimos años de su vida, como el autor de la Iliada, reconcentrando en su inteligencia la luz que implacable fatalidad le arrancara de los ojos, y recitando sus versos que en ocasiones destilan la miel del Cántico de los Cánticos, versos que aprende de memoria la juventud y los repite alborozada como himno perdurable de amor y voluptuosidad.

Esa falta de compensación y estímulo es una de las principales causas de la decadencia del arte nacional. El que traslada al

lienzo ó al papel las creaciones del ingenio, sabe de antemano que tiene que resignarse á la contemplación estéril de sus obras, que no habrá ni compradores para el cuadro ni para el libro, y que todos se creerán con derecho á leer éste gratuitamente en nombre de un patriotismo rayano en socialismo literario que implica el despojo y ruina de los autores y editores.

No de otra manera se explica que en un país que ha heredado de su doble abolengo ese *sentimiento maternal por todo lo bello, lo delicado y tierno* que constituye al verdadero poeta, según testimonio de autoridad intachable; en un país enriquecido por la naturaleza con inagotables fuentes de inspiración, no haya una poesía propia, original, fresca como las flores de sus verjeles, levantada como las crestas de sus montañas, tierna y apasionada como el corazón de sus hijos. De aquí que los hechos gloriosos de nuestra historia permanezcan casi vírgenes, en espera de la trompa épica que ha de inmortalizarlos.

Es de oportunidad y de justicia consignar que el Gobierno mexicano, especialmente el actual, hasta donde ha estado á su alcance,

ha impartido á las letras la generosa protección á que siempre han sido acreedores en los países cultos. La imprenta de la Secretaría de Fomento responde á ese propósito, porque ha abierto sus puertas á todo el que á ellas ha llamado en demanda de ayuda para publicaciones útiles, á lo que se debe que se hayan llevado á cabo algunas que honran la literatura patria, y que sin ese poderoso recurso habrían quedado inéditas. Pero es exiguo para tan grandioso objeto; se necesita algo más trascendente: modificar el medio social difundiendo la enseñanza, educando el gusto, ofreciendo honores y recompensas á los que se consagran á la noble lid, alentando, en fin, la esperanza de que el tiempo y la paz, esos dos factores de toda evolución normal, completarán la obra y harán fructificar la simiente que, en abundante cosecha, recogerán las generaciones venideras.

Pasó ya felizmente el período biológico en que el sér y el modo de sér de la nueva nacionalidad demandaban todas las energías de sus hijos, que prodigarlas supieron en frecuentes y sangrientos combates contra propios y extraños, y nada de temerario tie-

ne asegurar, repitiendo las palabras de un profundo pensador contemporáneo, que ya puede darse en la tierra mexicana *ese florecimiento que constituye el arte y que supone fuerzas no absorbidas por las necesidades inmediatas de la nutrición y de la preservación de nuestro organismo*. El mismo pensador ha dicho, y con acierto: "El arte brilla en las épocas de abundancia y en las que siguen á períodos de exaltación de las energías sociales. En el Oriente, en Egipto, en Grecia, en España, en todas partes, la expansión del arte coincide con las épocas de grandeza militar ó económica." ¿Por qué el arte no había de brillar en nuestra patria, cuando hemos alcanzado una época relativa de abundancia que viene precedida de períodos en que ha llegado á su colmo el apasionamiento de los ánimos y la exaltación de las energías sociales?

Llegará en un porvenir más ó menos remoto; y entretanto esas alboradas que apenas se dibujan en el Oriente tocan á su zenit y bañan de luz esplendorosa la vasta extensión de nuestro territorio, hay que glorificar á los que sin tregua ni descanso han luchado y luchan con heroísmo en me-

dio de las tinieblas de la duda, de la indiferencia y hasta del desprecio, por conservar el fuego sagrado que les transmitieron sus antepasados. Blengio es uno de los luchadores, quizá el más modesto; pero de seguro no de los menos constantes y esforzados. No lo ha enervado ni distraído el ejercicio de su profesión, de la que ha hecho un sacerdocio, dedicándose á combatir hábitos viciosos, preocupaciones vulgares, consejos ridículas, y á establecer con toda energía los principios de la higiene, para poner á cubierto la salud de los falibles ensayos de la medicina. Blengio ha sido generalmente uno de los primeros, alguna vez el primero de los que han introducido en la República los adelantos de la ciencia aplicando los inventos modernos, bregando por disminuir dolores y salvar vidas. En medio de esta agitación de todos los días y todas las horas para satisfacer la demanda de numerosa clientela, no ha olvidado su culto al arte. Tiene razón el ilustre autor de *Doña Perfecta*: "Existe indudable concordancia entre aptitudes que, ante la mirada vulgar, parece que rabian de verse juntas. El sentimiento de la naturaleza, la observación y

el amor á la humanidad, germinan en el alma del médico que ejerce con elevadas miras su profesión, y no puede menos de producir una florecencia artística que se manifiesta con caracteres diversos.”

Blengio ofrece nuevo ejemplo de tan rara, pero efectiva concordancia. Los años han dejado caer sobre su cabeza la nivea corona de la experiencia, y las ternuras del hogar han suavizado aquel carácter al parecer impetuoso y rebelde; pero en realidad dócil y obediente á los dictados del afecto y de la razón. Bajo una forma dura oculta un trato dulce, instructivo y ameno, y esconde un corazón en el que siempre han encontrado cabida todos los más grandes entusiasmos, todos los nobles sentimientos. Al verle hoy en el seno del hogar, rodeado de sus encantadoras hijas que se esmeran á porfía en prodigarle cariños y cuidados, podría creerse que descansa *tranquilo y satisfecho como el atleta de luchar cansado*, que dijo el poeta; y no descansa, lucha todavía en las dos esferas de acción en que ha ejercitado sus privilegiadas facultades: la esfera de la ciencia por amor á la humanidad, y la del arte por amor á a gloria.

A tener flores en mi invernáculo, regaría con ellas el camino que van á recorrer los sonetos de mi amigo; y á no ser superior á mis fuerzas la empresa de escribirles un prólogo lleno de doctrina y enseñanza, la acometería con cariñosa solicitud. Consuélame la creencia de que sobran las flores y huelga el prólogo cuando el libro habla, se recomienda solo, y por sí mismo puede conquistar el aplauso y la simpatía de los lectores, cualidades que concurren en el libro de Blengio: sin embargo, mi voluntad por un lado, mi impotencia por otro; mis derroches de afecto frente á frente de mis pobreza intelectuales, me han puesto en gran conflicto, y para salir de él no me queda otro recurso que echar mano de aquella suprema fórmula de inocente desesperación que Campoamor trae en una de sus más bellas y populares doloras:

Dios mío, ¡cuántas cosas le diría  
Si supiera escribir! . . . .

México, Diciembre de 1896.

---